

Cruz del Eje

Juanjo Álvarez Carro



ExLibric

JUANJO ÁLVAREZ CARRO

CRUZ DEL EJE



CRUZ DEL EJE

Juanjo Álvarez Carro

Diseño de portada: Juan Orlando Segura Álvarez

Iª edición

© ExLibric, 2013.

Editado por: ExLibric

C.I.F.: B-92.041.839

Avda. El Romeral, 2. Polígono Industrial de Antequera

29200 ANTEQUERA, Málaga

Teléfono: 952 70 60 04

Fax: 952 84 55 03

Correo electrónico: exlibric@exlibric.com

Internet: www.exlibric.com

Reservados todos los derechos de publicación en cualquier idioma.

Según el Código Penal vigente ninguna parte de este o cualquier otro libro puede ser reproducida, grabada en alguno de los sistemas de almacenamiento existentes o transmitida por cualquier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito de INNOVACIÓN Y CUALIFICACIÓN, S.L.; su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeran o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica.

ISBN: 978-84-941631-8-0

Nota de la editorial: ExLibric pertenece a Innovación y cualificación S. L.

Índice

Portada

Título

Copyright

Índice

Dedicatoria

Prólogo

Dramatis Personae

Proemio Virreinato del Perú Còrdoba de la Nueva Andalucía,
1572

LA HABANA (Cuba)

Santiago de Cuba

Buenos Aires (República Argentina)

Buenos Aires (República Argentina)

Cruz del Eje (Prov. de Córdoba)

Buenos Aires (República Argentina)

San Fernando con 17 años

Día 1

Día 2

Día 5

Día 6

Día 6

Día 7

Día 7

Día 8

Día 8

Felisindo Queiruga

Día 9

Día 10

Día 12

Día 13

Día 14

Día 15

Día 16

Walda

Día 17

Día 19

Día 19

Día 20

Día 21

Día 21

Día 21

Día 22

Día 22

Día 23

Margaretha Geertruida

Día 23

Día 23

Día 23

Día 24

Camino de la comisaría

Día 25

Día 27

Día 29

La mina

Informe de atestado policial nº 310

APÉNDIX A

Epílogo

CHE PYKASUMI

A Juanito y a Betty
A Pilar y a mis hijos
A los cruzdelejeños

Prólogo

En el mes de Febrero de 1997, tuve que ir a Galicia a cobrar una cantidad que la compañía de seguros nos iba a entregar a mis hermanos y a mí, tras la muerte de nuestra madre. Murió en un accidente de tráfico, mientras se dirigía a Vigo para visitar a mi cuñado Tito, quien acababa de ser desahuciado por un cáncer de pulmón, a los 44 años. No debo olvidarme de estos detalles, sobre todo porque éstos son los hechos que decantaron en mí un estado de ánimo propio para la tristeza, la zozobra y la escritura.

La emigración, en varias generaciones de mi familia, de ida y vuelta, da para contar historias como ésta y mucho más. Ellos dos, por ejemplo —mi madre y mi cuñado Tito— eran también dos gajos desarraigados, viviendo en maceta ajena.

Pero creo que cumplo con mi deber al decir que lo que se puede leer a continuación ya estaba escrito antes de suceder lo que menciono más arriba. No, yo no he escrito nada del relato. Apareció en un manuscrito amarillo y muy ajado, en la salita de mi casa de Maside, Ourense. Encontré las hojas bien atadas con su cordel en esa sala, que es una biblioteca respetable, junto a fotos y otros objetos que mi

madre se había traído de Argentina y que, no cabía duda, había decidido guardar, quizá con la secreta intención de dármelos más adelante. Ignoro si era esa su intención, pero algo me dice que, habiendo estudiado lengua y literatura inglesas en Santiago, tal vez mi madre quisiera que fuese yo quien guardase el texto. Cuando ya llevaba leídos muchos capítulos, y después de estornudar mucho polvo, comprendí la razón por la que había guardado el manuscrito.

La ciudad de Cruz del Eje existe en la realidad y es donde nacimos mis hermanos y yo. Donde había nacido mi madre, gran parte de mi familia argentina y parte de mi familia española. A su vez, mi familia argentina procede de Siria, Líbano y España.

Alguna vez yo había preguntado a mi madre cómo habíamos ido a parar a aquella aldea de Galicia. Mi madre respondió que lo entendería el día que yo quisiera a alguien.

En la misma caja que encontré el manuscrito, había una cosa que me llenó los ojos de lágrimas: un Rolls Royce rojo metalizado, de una colección Matchbox que yo traje de Argentina, tal vez mi tesoro más valioso. El cochecito había sido el primero que tuve, y, por tanto, iniciaba la colección. Aún lo conservo, desde 1968.

Un año después de abrir aquella caja, empecé a transcribir con ordenador el manuscrito. Me limité a rellenar hojas, a zurcir los agujeros de las páginas —en las

que los tachados o roturas nos privaban de su contenido— con alguna ocurrencia que pudiera encajar en esta historia.

Cuando encontré aquel autito supe que mi madre quería que esta historia se publicase. Entendí que ella quería que fuese yo quien lo hiciera. Así, algún día, de paso, tal vez entenderíamos por qué nos había querido tanto.

Hay que decir que averigüé, en conversaciones con mi anciano padre, que los personajes, en su mayoría, son reales.

Juan José Helvecio Álvarez Carro
(Helvecio Maside)

Dramatis Personae

Baldecich, Milo: Líder de las revueltas ferroviarias en Cruz del Eje.

Bianco, Susana: Esposa de Jacinto Verdaguer, amante de Thomas Langston.

Brassa, Achille: Inmigrante italiano, trabajador del ferrocarril en Cruz del Eje.

Brion, Amelia: Rica heredera. Esposa de Joseph Loutón, rico propietario en Cruz del Eje.

Carro, Florián: Jefe político en Cruz del Eje.

Colinas y Gaboto, Fulgencio: Muerto en Cuba en 1898, militar español y tabaquero indiano.

Colinas y Rubio, Gorgonio: Capitán de navío español, destinado en Unidad de Información Militar de la Armada, sobrino del anterior.

Comisario Sánchez: mando en Cruz del Eje de la Policía Provincial.

Coutiño, José: Carrero natural de Marín (Pontevedra), alquila recuas de caballería para cosechas.

Delledonne: Uno de los líderes de las movilizaciones ferroviarias.

Hermanos Toranzo: Dos de los líderes de las movilizaciones ferroviarias.

Langston, Thomas: Heredero de la familia Langston, afincada en Balcarce, Buenos Aires.

Laudin, Aurelio: Gobernador de la provincia de Córdoba, en República Argentina.

Lebarón, Jacques: Aventurero y mercenario marsellés.

Lezama do Val, Plácido: Coronel del Ejército de Tierra de España. Ingeniero de Caminos.

Ochandiano Bermejillo, Fernando: Secretario de la Embajada de España en Buenos Aires desde 1913 hasta 1926.

Queiruga, Felisindo: Empleado fiel y amigo de José Ramos.

Ramos Ribadulla, José: Próspero empresario gallego. Influyente en la ciudad.

Ulovich: Uno de los líderes de las movilizaciones ferroviarias.

Verdaguer, Jacinto: Director de Largos Recorridos de los Ferrocarriles.

Verdes, Macarena: Propietaria de un lupanar en Cruz del Eje, hacia San Marcos.

Yasante: Uno de los líderes de las movilizaciones ferroviarias.

Proemio Virreinato del Perú Córdoba de la Nueva Andalucía, 1572

(30 leguas al noroeste de la ciudad argentina)

Cuando volvió en sí, el sol le hincó alfileres en los ojos, espantando el recuerdo de Lucía. La imagen de su cara, real y cercana, se desvaneció al instante. Así, tumbado sobre la carreta, no le dolían tanto los ganchos del colete ya clavados en la carne como garrapatas.

—¡Voto a Dios! ¡Que hace calor en el infierno!—balbució con un quejido mortecino de su boca.

—¡Vive Dios, que el salvaje golpeaba con fuerza!—recordaba con dolorosa crudeza—. ¡Seré yo quien no vivirá si no dejáis de mover tanto la maldita carreta, hideputas!

El golpe que llevaba el capitán en el costado había abierto una brecha de una cuarta cumplida y mostraba algunas costillas con fracturas que se clavaban como dientes. Eran las huellas de la macana del cacique Olayón.

—¡Vuestras heridas no son para menos, Capitán! —quiso animar el sargento— Pero el salvaje también tuvo lo suyo y ya os precede en el camino al campo de Josafat, señor.

Al instante, el sargento arreó en voz baja hacia el soldado:

—¡Pardiez, que avives el paso, Aguirre. Aún nos quedan dos leguas hasta la Encomienda!

Y blasfemó el cabo Lucena.

Y así, cada piedra, cada vuelta de la rueda mortificaba al capitán herido, que profería alaridos como si el mismísimo Satanás le retorciera el colete con cada tropiezo. Pero a pesar de los dolores, sus alucinaciones le hacían dedicarse a espantar el envite de la guadaña con recuerdos.

—¿Sabéis, cabo Lucena, lo que solía decir mi padre? Mi padre me decía que la vida de este lado de la mar oceana nos iba a cambiar a todos. Que en estas tierras nada bueno hay para nosotros ¡Por los clavos de Cristo! ¡Demudado él! Por ver el rostro de ese cacique salvaje ante nuestros caballos españoles mereciera ésta y otras gestas la pena de padecerlas... ¡el hideputa infiel!

Y lanzó un grito aterrador de dolor con la última piedra del camino.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Quitadme esta espina, madre! ¡Que duele! ¡Lucía! ¡No me dejéis, Lucía! ¿Has visto la mirada del salvaje, madre? ¿Has visto con qué decisión y tierna apostura besó a su hembra y a sus hijos antes de combatir conmigo?

—¡Sosegaos, capitán! ¡Perdéis mucha sangre!— intentaba aquietarle el cabo Lucena, acomodando los empapados paños a la herida.

El brazo derecho del capitán hacía un movimiento fijo, como un acto reflejo, al ir a buscar su espada al costado, que siempre encontraba vacío. Segundos más tarde, volvía a buscar la empuñadura y sollozaba de impotencia al comprobar lo vano de su empeño. Tras escupir sangre, se agarraba al brazo del cabo para reclamar su atención y también su comprensión.

—Se enfrentó a mí con una macana. Mi toledana y mi colete para una macana infiel. ¡Malhaya!

—Amén —sentenciaba siempre el cabo Lucena.

Desde lo alto de la loma que acababan de coronar, a media milla, vieron un soto que decidieron sería el mejor lugar para descansar unos minutos a la sombra de los árboles y, después, atravesar el río. Para cuando lo alcanzaron, los delirios del Capitán Valente de Medina y Antequera le llevaban ahora a su época de alférez en el ejército. Antes de disponerse a cruzar el río, se detuvieron unos instantes a enjugar con el agua fresca y limpia las heridas sangrantes del capitán. No vendría mal tampoco sacudirse el polvo y el sudor, que resquebrajaban la piel, ya bastante roja por el sol. En esos momentos, de pronto, se hizo el silencio. Inesperadamente, como cuando llega el soplo negro de la muerte. El sargento Galán, el cabo Lucena y los cuatro soldados de Su Majestad que les

acompañaban, se levantaron de su reposo como intentando averiguar la causa de la quietud que acalló incluso a las chicharras. El río parecía querer emular la serenidad fría de aquel momento y la imagen de los soldados bajo los árboles se repetía sobre el manto quieto de agua, como una burla temblorosa. No se oía ni el vuelo de los insectos. Aquel soplo gélido recorrió la espalda de los soldados. Pero callaron. Por un momento sospecharon fuera una celada de los salvajes, quienes querrían vengar a su cacique, o tal vez podría tratarse de alguna alimaña nueva y horrorosa del nuevo mundo. Pero nada ocurrió. El sargento dio por terminada entonces la pausa, y comenzaron a andar para atravesar el río con la carreta. Al llegar a la parte más honda del vadeo, la carreta se movía con una lentitud penosa. Y, de pronto, las mulas se detuvieron.

La boca del capitán se abrió. Los músculos se tensaron expulsando las venas del cuello, que mostraba nudos fibrosos enrojecidos por el esfuerzo, como para dejar salir el más espantoso de los gritos de dolor. Pero no se oyó más que un sordo y entrecortado suspiro. En ese punto, el eje de la carreta se partió. Y Medina expiró.

Sueltas las mulas, el sargento Galán y el soldado Aguirre arrastraron el cuerpo del noble andaluz hasta la orilla. Se vieron obligados a usar cantos rodados de la riera para darle la más digna de las sepulturas, sin palas ni picas. Con el duro y seco suelo era imposible pensar en otra opción. El cabo Lucena sintió la necesidad de cristianar el lugar de la muerte del capitán Medina y Antequera. Llevaban largos

meses desde que llegaran al nuevo virreinato, aquella tierra infestada de salvajes, pero aún así el cabo mantenía redivivo el recuerdo de su madre en el lecho de muerte, pidiéndole que orara. Que nunca se olvidara de rezar.

Fiel a la memoria de su madre, con astillas rotas de la carreta, dejó hecha y clavada en la tumba de piedras una cruz hecha con el eje.

LA HABANA (Cuba)

Marzo de 1898

De todas las veces que Tincho Malán —el aguador vendedor de periódicos— había visto a Jacques LeBarón, aquella fue la primera que le vió tan apresurado. Acostumbrado como estaba a la miseria y a su olor, el zagal percibía en la nariz del francés, en las arrugas del rictus, que había hallado el rastro de un negocio.

Los que le veían frecuentemente en el Círculo Mercantil de Santiago de Cuba le conocían una propensión irresistible a hacer las cosas a la fulera. Y entre los terratenientes de Santiago que merodeaban la compañía de aquel francés vestido de negro riguroso, además, sabían que lo mejor era dejarse querer por él. No estaba la cosa para despreciar una mano amiga cuando había que hacer una visita a alguien y recordarle sus deberes. No llevaba todavía mucho tiempo exiliado en Cuba, cuando el marsellés ya había exhibido buenas muestras de sus cualidades profesionales en la huelga de la zafra de 1886. En aquella ocasión, había conseguido romper la unidad de

los trabajadores de la caña, haciendo uso de sus mejores artes. Tiempos idos.

—Buenos días. ¿Un vasito de lo barato, mesié?

—Hoy tomaré vino español en el Círculo, Tincho — contestó en un alarde de magnanimidad, haciendo volar una moneda de real hasta el niño.

—Gracias, *mesié*

—Pas de quoi, Tincho. ¿Algún mensaje?

—Un caballero muy distinguido vino por aquí temprano y me preguntó si sabía dónde vive usted, mesié. Claro está que dije que no, pero de todas formas me dejó esta tarjeta para usted.

Aparte del hermoso caserón con palmeras en lo alto de la calle Padre Pico, Jacques LeBarón poseía grandes dotes de convicción. Lo sabían bien los vecinos del barrio de Tívoli, en Santiago ya que recordaban cómo durante la huelga del 72, llegó a convencer, por ejemplo, a Manuel Marchena de que aquello acabaría mal para todos. Manuel de Dios Marchena, un activo sindicalista que había huído a Cuba durante la revuelta de Cádiz, no pudo contenerse ante las condiciones inhumanas de los jornaleros, a pesar del forzoso incógnito en que se encontraba como peón de la zafra. Estos peones rebeldes eran sustituidos rápidamente —y sin dudas— por ex-esclavos negros. En fin. El asunto es que tras una charla de fructíferos resultados con Marchena, LeBarón se limpió la sangre en la propia camisa del andaluz. Después la arrojó con un gesto de enfado y

molestia al fuego que despedía ya olor a melaza y carne. Y pensaba que su alcurnia ya no le permitía seguir aceptando esa clase de encargos.

—Este cabrón ya no hará ninguna huelga más, ni tampoco una zafra más. Ya ha quedado bastante... quemado de ésta.

Y congeló la sangre de sus dos esbirros negros con una mirada acompañada de aquella risa ácida y arrabalera con que él engalanaba sus momentos de inspiración.

Jacques LeBarón tenía el paso corto y lento de quien observa callando. Seguro de que con ello te deja saber que todos y cada uno de tus movimientos quedan registrados en su mente hasta ser utilizados en tu contra y en su momento. La figura espigada que lucía llamaba la atención de las damas y al respeto de los caballeros. Consciente de la importancia de la apariencia en las calles de La Habana y Santiago de Cuba, él se había dejado ver por las mismas esquinas y salones durante un tiempo prudencial. Iba de punta a punta por el Paseo del Prado, o por el Vedado y el mercado del Tacón durante el suficiente tiempo como para que las habladurías le hubiesen construido una profesión, un pasado, una familia y, en definitiva, un presente más que digno y adecuado a su porte de gentilhombre marsellés.

—*Allons. Enfants de la patrie* —entonaba entre dientes al tiempo que se alejaba en busca de su caballo jerezano, dejando atrás el cuerpo carbonizado de Marchena, que

enviaba pavesas hermosas al aire en el atardecer ardiente del verano cubano.

En la tarjeta que Tincho Malán le entregó había un mensaje en el que se le convocaba a una cita. LeBarón andaba esos días haciendo uso ya de menguadas reservas. Y había que reponer con urgencia. Quiso ser puntual y cumplir con el recado, así que se le vio entrando en el complejo del ingenio azucarero con adelanto, para poder estar en el despacho del director de la planta a las diez de la mañana en punto. Kensington-McFinney, Ltd. llevaban seis años afianzando su posición de productores y procesadores de caña de azúcar en Santiago de Cuba. No se les podía hacer esperar. Últimamente se estaban dedicando a comprar tabaco, que ya les resultaba más barato y distinto al que sus familias producían en Virginia, Estados Unidos.

—*Kindly wait, please, Monsieur LeBarón* —espetó el joven secretario con acento de aristócrata bostoniano.

—*Merci* —contestó el marsellés secamente, declarando con un gesto de su cabeza principios de no hostilidad idiomática.

El enorme despacho de Kensington y McFinney daba a la bahía y estaba presidido por un retrato de los socios y sus padres, junto al inmenso óleo del presidente de los Estados Unidos. Los dos americanos se presentaron con educación

aristocrática. El que parecía de más edad, Charles Kensington, ofreció una copa a LeBarón

—Espero que le guste el bourbon, *monsieur* LeBarón. Aún estamos esperando nuestro próximo envío de coñac francés. Pero este desagradable asunto de la guerra nos tiene retrasados y, sobre todo, preocupados.

—Sí. La guerra. Mal asunto—añadió el marsellés con un chasquido de sus labios, impaciente por conocer el asunto que le había traído a la oficina de los principales compradores de caña de azúcar y tabaco de la isla.

—Y nos han dicho que con su ayuda podríamos resolver alguno de nuestros acuciantes problemas, *monsieur* LeBarón...

En la mente pragmática de Le Barón se destacaron tres palabras clave del asunto que ya se habían reconocido rápidamente: ayuda, resolver y acuciantes. El dinero estaba en camino.

—Sin duda usted ya habrá oído que algunos productores de la isla se niegan a vendernos sus cosechas.

No cabía duda de que el problema debía ser serio para ellos, un grupo de empresas con una enorme capacidad de producción, transporte y procesamiento, limitados ahora por la escasez de materia prima.

—Algunos tienen lo que hay que tener, messieurs. Creo que ustedes los yanquis lo llaman *guts*.

—Es un empeño vano, *monsieur* LeBarón. Verá usted. Nosotros canalizamos en la actualidad las tres cuartas partes de las cosechas de la isla. Muchos han recibido

adelantos sobre las cosechas o han hipotecado con bancos de nuestro país sus fincas.

—Y alguno de esos bancos está dispuesto a confiar en ustedes para la explotación, si no estoy lejos de lo cierto, cuando haya que expropiar. Bien. Vamos al grano, por favor.

—Atina usted, *monsieur* LeBarón. Y queremos que usted nos ayude a convencer a ciertos productores mas bien reticentes —expuso McFinney con un tono de verdadera preocupación. Y continuó tras recibir un gesto de su socio, quien ya había detectado los síntomas de impaciencia en el francés.

—Fulgencio Colinas... lidera un grupo de productores del este que pretenden crear un ingenio y secaderos con capital propio, de España, y mandar su producción al mercado oriental...

Cuando Kensington mencionó el apellido Colinas no se recató en observar el rostro del francés con el fin de buscar algún gesto, un parpadeo, cualquier evidencia de molestia, que efectivamente halló.

—Ya tienen contactos allí. Quieren atraer también a los otros productores criollos...y, claro, la guerra les ha creado prejuicio contra nosotros, que seríamos su mejor opción... No podemos permitir que abran negocio por su cuenta, *monsieur* LeBarón. Sería un precedente nefasto para nuestro sistema en el caribe y en oriente. Ya hemos intentado negociar con ellos, pero el capitán Colinas se muestra especialmente obstinado, con argumentos un tanto

baladíes como que su familia no puede permitir que nos adueñemos de la isla.

—En fin. Qué les voy a decir yo... Es totalmente cierto que algunos tienen lo que hay que tener, *messieurs*. Ustedes los yanquis deberían saberlo mejor que nadie—repitió engolado con una de sus sonrisas de satisfacción de ver azorados a los dos hombres más poderosos de Cuba.

—Claro que lo sabemos, monsieur LeBarón. Y por eso estamos dispuestos a tenerle en cuenta a la hora de reorganizar el sistema productivo y comercial de la caña y el tabaco. Vamos a necesitar personal —digamos— cualificado en nuestra ampliación. Y usted cuenta con un extraordinario *savoir faire*. Hemos oído sobre el excelente trabajo que realizó en el canal de Suez para su antiguo patrón, el vizconde de Lesseps. También hemos oído que no supieron reconocerle sus méritos en su justa medida, Monsieur Lebarón.

El francés se limitó a asentir con un gesto educado pero frío, sin añadir comentarios que pudieran obligarle a entrar en detalles. Y McFinney continuó:

—Algunos errores se pagan caros. Por supuesto, nosotros no cometeremos el mismo error—complació Kensington de esta forma a LeBarón, a sabiendas de que le hacía falta cariño. Al advertir que el francés había comprendido todo muy rápido, continuó McFinney su exposición.

—Tengo entendido que la compañía Lesseps quiere construir definitivamente el canal del istmo en Panamá. Y usted conoce bien al vizconde y a sus socios.

—Caballeros, perdón, por favor. Antes de que prosigan, quisiera advertirles que no subestimen a la Compagnie Lesseps, es decir, al vizconde.

—No. No, *monsieur* LeBarón. Nada más lejos de nuestro ánimo. Antes al contrario, creemos que la empresa llegará a término, por mucho que puedan oponerse algunos.

—En fin. Ustedes piensan que la Sociedad de Producción que quiere hacer el señor Colinas utilizará el canal para comerciar con Oriente, ¿verdad?

—Podría ser. Pero deberían resistir hasta la terminación de la obra. Nosotros estamos interesados en el canal para un futuro próximo. Queremos que los productores no resistan hasta ese momento. Debemos evitar que el proyecto de Colinas llegue a buen puerto. Cuba es casi nuestra, pero necesitamos deshacer la unión de los españoles de Santiago. Lo que ignoramos es cómo hacerlo.

En ese momento, Kensington cortó a su socio con la mirada. No quería precipitar la decisión del francés, ni estaba seguro de poder convencerle rápidamente. Sabía que un parpadeo de más en los ojos de LeBarón podía acarrearles un disgusto y era la hora de la prudencia. Pero McFinney no poseía el mismo temple que su socio, y creía que su vehemencia les ayudaría. Y continuaba su discurso.

—No sé. Parece que los españoles están llevados por motivaciones ajenas a lo puramente comercial, y eso nos tiene desconcertados. Están perdiendo dinero a raudales, y no comprendemos cómo empresarios que saben el valor del dinero se muestran tan decididos a perderlo. Hemos

intentado incluso pagar las tierras por encima del valor de mercado, y hasta... en fin, ahogar a algún productor con deudas. Es obvio que algunos de ellos se han rendido. Pero nos interesa —sobre todo— Colinas, además de algunos de sus amigos que le apoyan: Joaquín Montederramo, Juan Perelada.

—Supongo que ya han advertido ustedes que algunos medios están agotados. ¿Y que no me dejan mucha opción en cuanto a los recursos a utilizar?

—Jamás hemos dudado de su capacidad para descubrir nuevos métodos y de su creatividad, *monsieur* LeBarón. Considérese desde ya, si lo desea, colaborador asociado de Kensington- McFinney. Cuente con nuestra más incondicional aprobación de cuanto haga.

El intercambio de cortesías de despedida contrastó con la frialdad del recibimiento. Media hora fue más que suficiente para trazar un acuerdo inviolable y rotundamente cerrado.

—*Au revoir!*—saludó el marsellés al joven bostoniano, a quien despidió además con una suave caricia y un pellizco en la mejilla, tras acomodarle el nudo de la corbata. El olor del dinero y la incipiente entrada en acción excitaba los instintos del alma de LeBarón. Dulce. Como la caña.

Santiago de Cuba

28 de Abril de 1898

Fulgencio Colinas se había levantado muy temprano esa mañana. En el gran escritorio de su despacho, junto al ventanal que ya volcaba luz del este, miraba los planos de sus fincas y los secaderos de tabaco, para buscar la mejor ubicación de otros nuevos, más modernos. Sus comentarios de futuro sonaban como fantasías infantiles a oídos de Pedro Montederramo. Éste soltó ruidosamente la taza de café sobre la bandeja, y manchó los planos. Quería despertar de sus ensoñaciones a su amigo, con la guerra en marcha y la situación de la mayoría de ellos. Colinas se negaba.

—La Danila es una de las fincas más extensas de Santiago y también la envidia de mis compañeros. Tengo el río Cauto. Esta finca va a ser productiva y rentable ahora y después—repuso Fulgencio Colinas como si estuviera convenciéndose de ello a sí mismo.

—Y además, es mía. Mi familia lleva aquí más de cien años, Pedro.

—¡Yo ya no puedo seguir perdiendo dinero, Fulgencio!— dijo Pedro Montederramo. Y continuó amargamente:

—No puedo seguir perdiendo dinero. ¿Cómo le voy a contar a mi madre que somos capaces de seguir con todo esto, sin dinero, después de llevar aquí cuarenta años trabajando? Mira, Colinas, cuando descolgaba a mi padre en el secadero de tabaco fui el primero en leer su carta — se ensombreció el rostro de Montederramo.

—¡Por Dios! La tuve que sacar yo mismo del bolsillo de la camisa. Decía que renunciaba a seguir luchando por un proyecto que le era ya más ajeno que propio.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Abandonar la cosecha y la finca?— preguntó Colinas.

—La carta iba dirigida a mí, Fulgencio. No a mi madre ni a la familia. Tenía mi nombre...

Pasaron unos minutos en los que Pedro Montederramo se liberó del nudo en la garganta.

—Sí. Me voy a ir —contestó Montederramo.

—Y tú, ¿qué vas a hacer, Fulgencio? Si ya ni debes saber qué hacer con tu propia vida... Sí, de acuerdo que eres criollo y que todo esto es tuyo, pero también eres capitán del ejército español, y ahora todo esto te tiene atenazado... Tienes que tomar parte ya de una vez, Colinas. Abandonar las fincas y las cosechas a su destino nos va a liberar de esta tortura. Mis vecinos han malvendido ya hace tiempo todo lo que tienen y han optado por la retirada. Nosotros no podremos ni tan siquiera malvender, Fulgencio. Ya no podemos creer en un final favorable de la guerra. Los

yanquis pagan lo que les da la gana, cuando pagan. Esto es... América, Fulgencio. Tu país ya no es España. Esa España en la que tú tanto crees... te ha abandonado.

Fulgencio se hallaba esos días a la espera de instrucciones de sus superiores para incorporarse a su batallón en la guerra con Estados Unidos. En un arranque patrio, más dedicado a sí mismo que a su amigo, le espetó:

—¿Te atreves a pensar qué diría tu padre si te oyera hablar así?

—Mi padre ya ha mostrado con suficiente claridad su punto de vista, Fulgencio. Y todavía me cuesta creerlo. Pero voy a seguir su voluntad.

—La voluntad de tu padre era seguir adelante con la Sociedad de Cultivo y Producción.

—Esa es tu voluntad, Fulgencio, y ese empeño llevó a mi padre a la desesperación. Deja ya de jugar al héroe andante. Este es otro mundo, Colinas. No estamos hablando de estrategias de guerra que has aprendido en tu academia. Esta no es una guerra de bayonetas. Esto ya es otra cosa. El oro y el dinero: los dólares de Estados Unidos. Los campos de batalla son ahora de parqué, en Wall Street de Nueva York. Si no vendemos a los americanos nuestra caña y nuestro tabaco, ¿a quién se lo vas a vender? ¿Es que todavía crees que los japoneses o los chinos te van a solucionar tus problemas? ¿Y que los americanos se van a cruzar de brazos, mirando como vendes tus producciones a los mercados orientales?